

una asamblea, autorizada por el concejo general, en la que se han hecho ciertamente *proposiciones horribles*; mas el maire las combatió al dia siguiente y las hizo desechar. El ministro *nada ve de peligroso* en el estado presente de los ánimos; habla de la prision de Hebert sustituto del procurador del comun, la cual designa él como causa del descontento que se ha manifestado; se asombra de que el diario de Hebert, que seguramente, dice, no respira una moral dulce y persuasiva, pero cuyos principios son patrióticos, haya motivado su arresto. Interrumpe Guadet al ministro y pide la palabra; se oponen algunos diputados, y al pedirla de nuevo fue cuando Legendre se disparó sobre él y dándole una puñada en el pecho le derriba. Rechazan algunos á Legendre, y otros le protegen..... Cúbrese el presidente, restablécese el sosiego, y el ministro continúa su discurso: procura en él desterrar toda inquietud del ánimo de los miembros de la asamblea. *Aseguro á la convencion*, dice, *que no corre ningun peligro*.

Da el maire á su vez iguales seguridades; pero luego se verá cuan engañadoras eran ó cuan engañados estaban los que las daban.

Se presentan muchas diputaciones de las secciones á pedir la libertad de Hebert y la supresion de la comision de los doce. Por fin el bullicio y el tumulto triunfan de la razon y de la justicia. Se suprimió dicha comision y se decretó la soltura de los presos. Por lo menos el presidente decidió

que la mayoría habia votado en este sentido; pero fue vigorosamente impugnada la legalidad de esta decision.

Por diferentes veces se hizo la observacion de que se habian introducido en el salon gentes extrañas que aumentaban el número de los votantes de la montaña: en efecto se habian colocado de este lado un gran número de peticionarios.

En la sesion del martes 28 de mayo se propuso la redaccion del decreto dado al fin de la sesion del dia anterior. A esto dice Lanjuinais que no hay tal decreto, que la espantosa batahola que hacian las tribunas habia estorbado de oír la proposicion, y que una multitud de peticionarios, que no eran diputados habian votado con estos..... *Si Lanjuinais continúa*, exclamó Legendre, *declaro que subo á la tribuna y le echo abajo*. Por este principio se puede formar juicio del resto de la sesion.

Se presentan en la barra algunas diputaciones de las secciones de Paris para manifestar principios enteramente diferentes de los que habian expresado los peticionarios de la víspera. Marat los interrumpe y amenaza frecuentemente, los diputados de la montaña se dirigen luego contra ellos, y los miembros del lado opuesto acuden á su defensa. Con mucho trabajo se restablació el sosiego, y los peticionarios continuaron la lectura de su peticion. No tengo otro objeto al referir estas escandalosas escenas que el de hacer ver

hasta qué punto habia llegado la irritacion de los ánimos.

Las sesiones del 29 y 30 de mayo nada presentan que sea digno de atencion. Llegan peticiones, ya en un sentido ya en otro opuesto, que ocasionan vivas discusiones. Se decretó que se pusiese guardia de vista al diputado Gárdien que habia sido denunciado, y que se sellasen sus papeles. Paso á trazar el cuadro de los sucesos del 31 de mayo.

Desde las cinco de la mañana de este dia se oye el toque de llamada en todas las calles, y el de rebato en todos los campanarios; cada ciudadano se dirige armado á su seccion; se cierran las barreras. Estas medidas extraordinarias y tan propias para poner al pueblo en alarma, no podian justificarse sino con imposturas, se esparcen los rumores de la toma de Valenciennes, y de que muchos diputados, acusados *por el pueblo*, acaban de huirse. Los que creyeron esta última noticia enviaron centinelas á la casa de postas y á la del correo: se dobló la guardia de todos los puestos. Despertados con este movimiento los diputados desde las seis de la mañana, acudieron al salon de las sesiones; entre ellos estaban los que se decia que habian huido ó estaban próximos á hacerlo.

La agitacion y la inquietud no era menor en los que autorizaban y favorecian la insurreccion, que en los que la reprobaban.

Va el ministro de la justicia á las Tullerías, y el

primer hombre á quien ve en el patio es Danton; asombrado con este encuentro se acerca á él y le dice: «¿Qué significa todo esto? ¿no podeis decirme? ¿Quién mueve los resortes, y qué es lo que se quiere? — Bah, dijo Danton, es menester «dejarlos romper algunas prensas y despedirlos «con esto. — ¡Ah! Danton, replicó el ministro, «yo creo que se quiere otra cosa mas que romper «prensas. — Pues, conviene tener vigilancia; tenéis los medios para ello mucho mejor que yo».

Se manda venir á la barra de la convencion al maire de Paris; llega y hace algunas explicaciones cuyo resúmen voy á presentar.

Dice que ha dado orden al comandante general de que reuniese el mayor número de tropas de reserva que le fuese posible; que ha ido con el ministro del interior á la junta de salud pública, en la que ha dado cuenta de la situacion de Paris; que ha vuelto al concejo municipal que se hallaba entonces en sesion permanente; que allí los comisarios de la mayoría de las secciones, que tenian sus sesiones en el palacio arzobispal, habian suspendido á la municipalidad y que poco tiempo despues fue restablecida esta<sup>2</sup>. Añade el mismo maire

<sup>1</sup> Mémoires sur la révolution, par D. J. Garat, pág. 138.

<sup>2</sup> Un tal *Dobsent*, presidente de la seccion de la Cité, el cual, preso por orden de la comision de los doce, acababa de ser puesto en libertad y hecho presidente de la junta de insurreccion del palacio arzobispal, fue quien vino el 31 de mayo á las cinco de la mañana en nombre de esta junta á deponer y á restablecer en seguida á la municipalidad de Paris.

el mismo maire que habia comunicado sus órdenes para que no se disparase el cañon de alarma.

Se oyó este á las diez de la mañana por orden del llamado Henriot que acababa de ser elegido comandante interino.

Llegan muchas diputaciones de las secciones de Paris á hacer protestas de su rendimiento y decision en favor de la convencion nacional, y á quejarse del estado de inquietud y agitacion en que tenian á Paris algunos facciosos.

Pide Rabaut la palabra en nombre de la comision de los doce, pero se levantan de repente tan violentos clamores que no le fue posible despegar los labios; permanece en la tribuna durante una hora, esperando en vano que se restableciesen el silencio y el sosiego; pide por fin que se le permita leer un solo documento, pero tan inútil como la primera fue esta segunda tentativa: á cada palabra que pronuncia su voz es sofocada por gritos horribles, que dan los conspiradores y sus pania-guados, recelosos de que se descubran sus crímenes.

Bien pronto se presentan ellos mismos en la barra, y por el órgano de un orador que no quiero nombrar, manifiestan ostentosa y audazmente una parte de sus proyectos, y ocultan sus verdaderos

Despues de su restablecimiento fue quando esta corporacion proclamó por comandante general interino de la guardia nacional de Paris al nombrado *Henriot*, que no era conocido sino por sus crímenes y bajezas, y de cuya decision en favor de la faccion sacó esta mucho partido.

motivos bajo el pretexto trivial de la salud de la patria. Acusan de conspiracion á los miembros de la asamblea contra quienes ellos mismos conspiran y cuyas cabezas piden; tratan de infundir confianza á los que llaman ellos los *buenos diputados*, y les dicen que nada tienen que temer. Concluyen pidiendo que los jornaleros que estan sobre las armas sean pagados á razon de cuarenta sueldos (dos pesetas) cada dia.

Se levanta Guadet y manifiesta su indignacion de que se hubiese verificado un movimiento como el que agitaba á Paris, sin haber dado ninguna noticia de él á la convencion; pide que se abran las barreras, que se restablezca la circulacion de las postas y correos, y que se anulen todos los actos y acuerdos emanados ó que emanasen en adelante de la municipalidad provisional, cuya supresion y sucesivo restablecimiento considera él como la señal del trastorno de todas las autoridades legítimas.

Despues de este orador hablan otros muchos en opuestos sentidos. Los que se muestran favorables á la mayoría de la convencion son interrumpidos y silbados por las tribunas, las cuales escuchan silenciosas y aplauden á aquellos cuyos discursos son conformes á los proyectos de los sediciosos.

Los miembros de la junta del departamento se unen á Robespierre para pedir el castigo de los veintidos diputados.

En medio del mas escandaloso tumulto y de un gran número de gentes extrañas que se habian in-

introducido en el salon á favor de la entrada de las diputaciones, decretó la convencion ó pareció que habia decretado la supresion de la comision de los doce, la orden de sellar sus papeles, y la paga de cuarenta sueldos por dia para los jornaleros que estuviesen sobre las armas. Estas fueron las únicas ventajas que sacaron los conspiradores de la sesion tumultuosa del 31 de mayo, que se levantó á las diez de la noche, y no fue mas que el preludio de otra mucho mas funesta.

No vale la pena, decian los sediciosos no muy contentos con el éxito de sus tentativas, de meter tanta bulla por la mañana, tocar la generala y las campanas á rebato durante cinco ó seis horas, disparar el cañon de alarma, é interrumpir todas las comunicaciones de afuera, para obtener por la noche ventajas de semejante naturaleza. Mas ellos esperaban otras, y no salieron fallidas sus esperanzas; pues todo el mal, que habian intentado hacer en el discurso del dia, lo hicieron en el resto de aquella noche.

En ella hizo la junta central de insurreccion arrestar á un gran número de individuos que le eran sospechosos, pero fueron inútiles sus esfuerzos para buscar al ministro Roland, que no pasó la noche en su casa. Enojada y desazonada de que se le hubiese escapado, mandó luego en despique arrestar á la célebre esposa de este ministro, la cual fue conducida á la prision de la Abadía<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Madama Roland, despues de haber corrido de casa en casa du-

En la sesion del 1º de junio se presentó en la barra de la asamblea convencional una diputacion de la junta de insurreccion, que se apropiaba el título de *diputacion de todas las autoridades constituidas del departamento de Paris*, y dijo que la *cólera del pueblo* habia llegado á colmo, que para templarla era preciso sacrificarle mayor número de víctimas, y que en vez de los veintidos diputa-

rante todo el dia 31 de mayo, para ver á los amigos de su marido á quienes se habia intentado arrestar; despues de haberse introducido en la convencion con el designio de quejarse de estas tentativas; despues de haber visto en fin que eran infructuosos sus esfuerzos, que sus amigos se hallaban desalentados y la mayoría de la convencion subyugada, resolvió retirarse, y era muy tarde cuando llegó á su casa. « Tomé la pluma, dice esta señora, para escribir un billete que pensaba enviar muy de mañana á mi marido; apenas me habia sentado cuando oigo llamar á la puerta de mi casa, siendo entonces cosa de las doce de la noche, y luego se me presenta una numerosa diputacion de la municipalidad preguntando por Roland. — « No está en casa, les dije. — Pero, me dijo el personage que traia la gola de oficial, ¿donde puede estar? cuando volverá? vos debeis conocer sus tratos y relaciones, y podeis conjeturar la hora de su regreso. — Ignoro, le contesté, si las órdenes que teneis os autorizan á hacerme semejantes preguntas; pero sé muy bien que nada puede obligarme á responder á ellas.... » Habiéndose retirado esta cuadrilla muy descontenta, percibí que dejaba un centinela á la puerta de mi habitacion y una guardia á la de la casa. Juzgué que no habia otra cosa que hacer sino cobrar fuerzas para soportar cuanto pudiese sobrevenir; y como de resultas de tantas fatigas me hallaba rendida y debilitada, mandé que me trajesen de cenar; concluí mi billete, le confié á mi fiel criada y me acosté. No hacia mas de una hora que dormia profundamente, cuando mi criado entró en mi cuarto para anunciarme que los señores de la seccion me rogaban que pasase al gabinete. « Ya entiendo lo que quiere decir esto, respondi yo.... Venimos, ciudadana, á arrestaros y á poner los sellos. — ¿Donde estan vuestros poderes? — Védlos aquí, » dijo uno de estos hombres, sacando de la faltriquera un orden de la junta revolucionaria para conducirme á la Abadía, sin expresar el motivo de mi arresto. — « Puedo deciros como Roland

dos designados<sup>1</sup>, pedia ahora veinticinco. He aquí esta lista de proscriptos, corregida y aumentada: *Gensonné, Guadet, Brissot, Gorsas, Pétion, Vergniaud, Salles, Barbaroux, Chambon, Buzot, Biroteau, Ducos, Isnard, Lanjuinais, Lidon, Rabaut, Lasource, Louvet, Fonfrède, Lanthenas, Dusaulx, Fauchet, Grangeneuve, Lehardi, Lesage.*

La diputacion pidió que á estos veinticinco proscriptos se añadiesen aun los miembros de la comision de los doce; con lo cual ascendia á treinta y siete el número de las víctimas.

Quiso Marat en esta ocasion adquirir gloria haciendo del moderado y del clemente: « Me admiro, dice, de que se haya comprendido á *Dusaulx* en esta lista; es un anciano respetable que no creo

« que no conozco á esta junta, que no obedezco sus órdenes, y que « no me hareis salir de aquí sino empleando la violencia. — Aquí « está otra orden, » contestó de repente con tono dominante un hombrecillo de desapacible catadura, el cual me leyó una orden de la municipalidad que mandaba igualmente, sin expresar el motivo, que fuesen arrestados Roland y su esposa. »

Madama Roland, despues de haber vacilado sobre que partido tomaria, si el de la resistencia ó el de la resignacion, adoptó este último; vió sellar todos sus papeles y todos sus muebles; es conducida á la cárcel en un coche rodeado de una respetable fuerza armada, y de un tropel de gentes que se reunen á esta, entre las cuales hubo algunas mugeres que gritaron: *¡ A la guillotina!* Los comisarios le proponen que cierre los vidrios del coche. « No señores, responde madama Roland, la inocencia por oprimida que se vea, « no toma jamas la actitud de los delincuentes, yo no temo las miradas de ninguno. — Teneis mas carácter que muchos hombres; « esperais tranquilamente la justicia. — ¿La justicia? si se hiciese « esta no me veria ahora en vuestro poder. » (Mémoires de madame Roland, tom. II, pág. 72, 73, etc., colec. B. fr.)

<sup>1</sup> Véanse los nombres de estos veintidos diputados proscriptos, pág. 70.

capaz de haber entrado en la faccion; me admiro tambien de que se haya incluido á *Lanthenas*, á quien he mirado siempre como á un pobrete. En cuanto á Ducos, ignoro porque se halla su nombre en la lista; cierto es que ha manifestado algunas veces opiniones erróneas, pero creo buenas sus intenciones. Esto es obra de Hassenfratz que ha hecho mal, porque me gusta que todas las cosas se hagan en regla. »

Cobourg no habia pedido mas que veintidos cabezas de diputados, y por eso creia Marat que era contra la regla excederse del número fijado por este príncipe extranjero.

Vino en fin el 2 de junio á alumbrar crímenes horrendos y abrir un fecundo manantial de calamidades: dia fatal á la Francia, que los antiguos Romanos hubieran puesto entre sus dias negros, entre sus dias nefastos.

A cosa de las once de la mañana se oye la generala, se tocan las campanas á rebato, y el local de las sesiones de la convencion se ve cercado de una turba de mugeres, que insultan y maltratan á los diputados que acuden á ocupar sus puestos. A estas furias se agregan muy luego algunos hombres armados de palos y picas, los cuales se oponen constantemente á que salga ningun diputado.

No tarda esta sedicion en tomar un carácter mas serio; con estas mugeres insultantes, con estos hombres amenazadores, se reunen algunas tropas de voluntarios destinadas á partir para el ejército del oeste, y que estando ya en marcha habian

sido detenidas y colocadas de reserva en las inmediaciones de Paris, para emplearlas en favor de los conspiradores triunfantes.

Apenas hubieron llegado estos voluntarios cerca del palacio de las Tullerías, cuando recibieron la consigna expresa de no dejar salir á nadie de él, y luego se les hizo apostarse tan adentro y de tal manera que los representantes del pueblo se vieron estrechados y reducidos á la única sala de las sesiones.

Henriot despide la guardia ordinaria de la convencion, y hace dar la consigna al oficial de aquel puesto. Si algunos diputados sienten la necesidad de salir, se ven repelidos y golpeados en la parte interior del edificio, y vuelven á entrar con sus vestidos desgarrados, de lo cual hubo algunos ejemplares; si á otros atrae á las ventanas el deseo de ver los preparativos hostiles que se hacen fuera, los voluntarios les encaran inmediatamente sus fusiles. De esta manera se ve la representacion nacional sitiada por un ejército enemigo.

Sube Lanjuipais á la tribuna, y habla del estado en que se halla la asamblea, de la agitacion que reina en Paris, del toque de la generala cuyo estruendo tenia todavía en alarma á sus habitantes. « Escuchad algunas verdades, no de aquellas que matan la república, sino de las que pueden salvarla. Notorio es que de tres dias á esta parte ó no deliberáis ó lo haceis sin libertad, que estais supeditados, y que dentro y fuera se ejerce sobre

vosotros un influjo ignominioso; que os hallais rodeados de gentes asalariadas por una autoridad rival de la vuestra.....» Violentos clamores interrumpen al orador, el cual continúa así: « De tres dias á esta parte se cometen mil desórdenes; un poder ambicioso excita y aviva los tumultos que habia fingido en el primer dia querer apaciguar; nada se ha respetado, ni aun el secreto de las cartas. Una nueva junta ha usurpado las atribuciones del poder ejecutivo; otras muchas han ocupado de propia autoridad el lugar de las antiguas; las juntas revolucionarias continuan ejerciendo funciones que vosotros habeis declarado no les pertenecen; se ha nombrado un comandante interino con infraccion de las leyes: una nueva escena se prepara, en pocas horas la tendreis..... Ayer se os ha presentado una nueva lista de proscripcion, y ¿qué habeis hecho? La habeis enviado á vuestra comision de salud pública.....» Al decir estas palabras, es interrumpido el orador con nuevos clamores, á que se sigue una tempestad de injurias y amenazas que él recibe con serenidad y valor. Entonces se precipita á la tribuna Legendre, hombre sin cultura, violento y alucinado por su amigo Danton, y el mismo que despues ha expiado sus errores.

« Lanjuinai, exclamó con aquel acento que da á la voz el furor, yo te estimaba, te creia amigo de la libertad; haces traicion á tus deberes, te desprecio ya, etc.»

A cada miembro de período que pronunciaba Legendre estiraba el brazo, cerraba la mano, y hacia un movimiento de arriba abajo, dirigido á la cabeza de Lanjuinais sin tocar en ella, en ademán de pegarle una puñada. Este, inclinado sobre el borde de la tribuna, esperaba con resignacion los golpes de que se veia amagado.

Una escena tan violenta, pero menos pintoresca, pasaba al pie de la tribuna entre diputados de diferente opinion, que habian dejado sus asientos para tomar la palabra. Era extraordinario el tumulto, el presidente se cubrió....., y se restableció el sosiego.

Lanjuinais, á quien no habian desalentado los gestos y ademanes de su colega, continuó su discurso, y concluyó pidiendo la supresion de las autoridades revolucionarias, y de la junta del palacio arzobispal.

Terminada esta escena, llega á la barra una diputacion amenazadora. « Cuatro dias ha, dijo el orador, que el pueblo de Paris no ha dejado las armas de la mano; los mandatarios se rien de su quietud y de su perseverancia; las columnas de la igualdad estan conmovidas, la antorcha de la libertad amortiguada, los contrarrevolucionarios levantan la cabeza, suena ya el estruendo precursor del rayo que va á pulverizarlos, conocidos estan los crímenes de los facciosos de la convencion. *Por la última vez* venimos nosotros á denunciarlos<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Los denunciadores no expresan qué crímenes son estos.

Decretad al instante que sean arrestados, y nosotros respondemos de ellos con nuestras cabezas á sus departamentos. El pueblo está cansado de vuestras dilaciones; salvadle, ó en otro caso os declaramos que él se salvará á sí mismo.»

Salen de las tribunas vivos aplausos. El presidente contesta á la diputacion, recordándole el respeto debido á la representacion nacional; si existen, añade, traidóres en el seno de la convencion, ella se apresurará á castigarlos; invita á la diputacion á tomar asiento entre los diputados, pero ella se desdeña de aceptar este favor y se retira. La asamblea decreta que se pase esta peticion á la junta ó comision de salud pública.

Entonces fue cuando Legendre, dirigiéndose á las tribunas, dijo á grito herido: « Que salgan los hombres; que vayan á salvar la patria, y queden solo las mugeres.» A consecuencia de este grito hubo algunos movimientos en las tribunas.

Anuncian algunos diputados que las salidas del salon estan cerradas, y que hay en ellas militares que ponen la bayoneta al pecho á cuantos quieren salir; son estos miembros desmentidos por otros de los que habitualmente se sientan en la montaña, los cuales aseguran que el hecho es falso. Se levanta entonces otro diputado, el abate Simon, y dice que nada hay mas cierto; declama con este motivo contra la convencion, le echa en cara su conducta, y hace la apología de la insurreccion presente. Algunos diputados, aun de los de la

montaña, se indignan al oír este discurso, y acusan á su autor de estar vendido á los enemigos de la Francia: si Pitt y Cobourg se viesen en esta tribuna, dicen ellos, no tendrían un lenguaje diferente.

Se presenta Barrere en la tribuna, y da en nombre de la comision de salud pública un informe que tiempo habia se esperaba. « No habiendo podido la comision, dice el informante, proporcionarse los documentos que sirven de base á la acusacion de la municipalidad contra los diputados denunciados, ha tenido que colocarse en medio de todas las pasiones, de todos los intereses.... » El orador invoca entonces la generosidad, el patriotismo y la conciencia de estos diputados. « Pregunto á cualquier Frances si hallándose convencido de que su nombre, sus discursos pueden ser funestos á su pais, no se sacrificaría por él espontáneamente? La comision no ha creído que debía condescender con el arresto pedido, porque tiene traza de una medida penal y aflictiva, y nosotros no tenemos motivo para fallar con tanto rigor. » El informante invita á algunos de los miembros de la convencion á que voluntariamente se suspendan á sí mismos del ejercicio de sus poderes, y propone á la asamblea que ponga á estos diputados bajo la salvaguardia de la nacion francesa y de la fuerza armada del departamento de Paris.

Propone ademas que de seguida y sin abando-

nar la sesion se proceda al nombramiento de muchos ministros.

Proponer á unos representantes del pueblo, acusados por la municipalidad de Paris, y acusados sin ninguna prueba, que se suspendan á sí mismos del ejercicio de sus poderes, ó que hagan su dimision, era empeñar la asamblea á que hiciese una concesion en obsequio del miedo. Proponer en seguida á la misma asamblea que prometiese á estos diputados una garantía que no podia darles, puesto que no tenia fuerza para garantizarse á sí misma, era prometer lo que se estaba en la impotencia de cumplir: las proposiciones de la comision de salud pública presentaban un medio vergonzoso y no contentaban á ninguno de los dos partidos.

Contra esta proposicion que parecia conciliadora alzan el grito Marat y Billaud-de-Varennes, llenos de furor y sedientos de la sangre de los proscriptos.

Los diputados, designados por los diferentes peticionarios, se manifestaron dispuestos á satisfacer los votos de la comision y á sacrificarse por la tranquilidad pública; se mostraron grandes y generosos tanto como sus enemigos aparecieron viles y atroces.

« Cuando se pone en la balanza, dijo Isnard, á un hombre y á la patria, no titubeo en la eleccion; yo me suspendo, y no pido otra guardia que la lealtad del pueblo. »



« Si puedo llevar conmigo todos nuestros males, todos los gérmenes de nuestras discordias, dijo Lanthenas, yo me suspendo con mucho placer. »

Los mismos sentimientos expresa Fauchet con estas palabras: « Jamas me será costoso ningun sacrificio que exija el bien de la patria. »

Habla en seguida Barbaroux y dice: « Si se necesita mi sangre para asegurar la libertad, pido que se derrame; si mi honor es necesario á la misma causa, que se me arrebaté; la posteridad me hará justicia..... » Traza luego este diputado el cuadro de los servicios que ha hecho á la patria y á la libertad. « ¿ Donde estan mis acusadores? dice: una parte de los diputados y de los concurrentes de las tribunas contestan á esta pregunta con el grito: ¡ Todos nosotros! No contento Chabot con esta vaga acusacion, añadió: *Yo soy tu acusador, yo probaré que eres un traidor, un malvado*<sup>1</sup>. »

Barbaroux se desdenó de responder á estos gritos en que el desuello y la mala fe competian con la rabia y el furor. Este diputado, cuya juventud y distinguidas prendas captaban todos los corazones, continuó haciendo protestas de su rendimiento el mas completo en obsequio de la patria: « ¿ Es necesaria mi vida para la salud pública? Que

<sup>1</sup> Chabot que sin pruebas acusa á Barbaroux de traicion, la hacia él entonces á su patria, siendo cómplice de dos agentes del Austria, de los Frey sus cuñados. El temor de ser acusado hace muchas veces acusar á otros; solo un capuchino desenfrailado es capaz de mostrar tanta impudencia.

se dé un decreto, y estoy pronto á morir..... » Tres ó cuatro miembros de la montaña exclamaron entonces: ¡ *A votacion el decreto!* Este arranque, en el cual se descubria la ferocidad mas inaudita, hizo estremecerse á la asamblea.

Dusaulx, anciano respetable por tantos motivos, prorumpió en estas sentidas palabras: « Que mi patria triunfe, y quedo satisfecho; yo me suspendo. » Algunos diputados de la montaña dijeron que no acetarian su dimision.

A esta interesante escena, en que los miembros de una misma asamblea mostraron caractéres tan encontrados, sucedió otra de muy diferente naturaleza.

Se renovaron entonces las quejas que ya habian dado muchos diputados sobre el estado de sitio en que se hallaba la representacion nacional, y sobre la falta de libertad que tenian sus miembros, puesto que sin riesgo evidente ni entrar ni salir podian. El presidente hace venir al oficial de la guardia, y le ordena que alce la consigna; pero esta orden no fue ejecutada.

Indignado Lanjuinais arrostra los peligros, sube á la tribuna y dice: « Si hasta ahora he mostrado algun valor, me le ha inspirado mi ardiente amor á la patria y á la libertad; seré fiel á estos mismos sentimientos hasta el postrer resuello de mi vida; no espereis, pues, de mí ni suspension, ni dimision momentánea, no espereis ningun género de sacrificios, ni yo tengo libertad para hacerlos,